

NELSON SAMBOLÍN Y EDGAR ALLAN POE

sonido y sentido

Ángel Darío Carrero*

I.

*The breeze –the breath of God- is still...***

Sambolín. De entrada me atrae el nombre de tres sílabas acentuado en aguda. Como trampolín. Tabla elástica para saltar al vacío del agua o del aire. Comodín. Carta escondida que se puede aplicar a cualquier suerte favorable. Sinfín no se ajusta al oído ni al artista que aún no tiene rostro, sólo nombre. Sinfín muere antes de tiempo, abruptamente. No brinda espacio a la pirueta verbal. A la infinidad le falta una sílaba, tal vez la materia imprescindible de la creación: la sílaba de la finitud. Sinfín arrítmico, mas generosidad de lo inútil que nos permite seguir avanzando en la búsqueda. Nelson Sambolín. *No results were found.* Es el resultado en el glosario telemático. Y dice bien. El ser es irreductible. No somos información acumulada, sino trampolín, comodín, huella abierta en el movimiento interminable. Sinfín.

II.

*From childhood's hours I have not been
As others were—I have not seen
as others saw...*

El nombre se extiende con las extremidades incoloras del sonar triádico, pero no es suficiente, le falta el rostro. El rostro, la desnudez solícita. Ya no es cuestión de sumarnos al *cronos* ajustado a la melodía lúdica e intrépida: falta la mirada. El inconsciente que respira debajo de las teclas del nombre carece de tiempo. Es otro o la suma del tiempo: *kairós* interior. No funcionan los testamentos genealógicos. Sería aludir al tiempo perdido. Sambolín viene, pero no pro-viene de

Italia. La sangre no recoge la huella caprichosa del don, que es la sustancia del rostro. “Al que tenga se le dará y al que no tenga se le quitará aún lo que cree tener” (Lc 8, 18). No hay iluminación tras lo dicho, pero así es la refracción en la cuna de las reparticiones. No hay justificaciones lógicas que expliquen la metáfora del don derramado. Es gracia. Nadie en la familia... Nada en el barrio... Nada de nada... Cero posibilidad de mimesis o retórica acomodaticia. La máscara ama lo profundo (Nietzsche). El rostro no es la cara. ¿De dónde salió este muchacho? Pero el don *es* ahí: como lagaña en los ángulos de la abertura ocular; como saliva curada en la comisura de los labios; como el olor natural del cuerpo que también hiede; como cutícula que sube por la planicie oblonga de las uñas; o como las uñas mismas, que como prolepsis o escatología incipiente, siguen creciendo horas después de la muerte. Tenemos y somos el don en el desliz del desprendimiento. ¿Retrato de Sambolín hecho por E. A. Poe? Es posible que ronde con su nube de cuervos. Ha sido invitado.

III.

Leave my loneliness unbroken

Don ejemplar en el espacio inesperado. El Coquí, Salinas. El batracio no funge aquí como símbolo nacional (aunque la Nación lo agita por dentro como un sorbeto batidor en el café renuente al endulzamiento), sino como lugar de la austeridad superada por los afectos insuperables. Contexto solitario donde el pie deja de ser plano, para ser historia curva; y la columna inclinada se vuelve erguida y sobre dos piernas para el ejercicio incómodo de la libertad; y la mudez y el nerviosismo de las señas disparan la paradoja del lenguaje; y los fantasmas y sueños, lejos de alejarse, se convierten en figuras vivas que nos miran directamente a los ojos, como aquel primer lienzo regalado por un marinero en el que el niño dotado vio a la Virgen del Carmen y la plasmó y, desde entonces, un balcón familiar todavía protege al *homo viator*. Hijo de la pobreza, hijo de carpintero feliz e hijo de la marea equívoca, no hace falta preguntar por qué hará carteles de protesta y celebración, de posicionamiento y de invitación, de provocación y seducción. No es sólo cuestión de *saber*, sino de *sabor* antiguo que compromete todo el ser y también el ser entero. El sabio sabor de El Coquí. Sambolín. Monaguillo aventajado del padre Delfín Vecilla de las Heras y chiringuero de línea dura.

IV.

*There is a two-fold Silence -sea and shore-
Body and soul. One dwells in lonely places...*

El sol desaparece, pero la noche no se ha instalado aún. Este entretiempos es la patria del artista salinense. Descendiente de la sal. Sal de la tierra, él mismo. O saliniano, porque contempla el mar para hallar la imagen por siempre debida. Los brazos del mar se atisban, desde el ojo subido al asta contemplativa, como un espejo de quietud. Pero es traición. El agua se rompe con furia contra el islote lejano mientras acá, bajo los pies, luce quieta como un plato servido sin sustancia. Vengativa allí, plácida por acá, obsesiva y resignada, espuma y espejo inmóvil. Un ave —no tenemos el nombre en la distancia de la abstracción— se eleva y se lanza contra el agua paradójica como una flecha lanzada desde el no-lugar. Es absorbido por la piel acuosa. Las raíces del universo (el aire, el agua, la tierra...) se convocan en el movimiento decidido o involuntario del ave marítima. El fuego -la raíz faltante- se enciende como un lucero en las entrañas del artista que contempla el desvanecimiento. Esa quietud del agua, que en la otra orilla golpea con violencia no disimulada, irradia una luz particular, la luz del Caribe, que no es ni siquiera la del Atlántico. La luz no debería ser juzgada en singular. Decimos las musas, no la musa. “La luz es paz”, produjo Pedro Salinas desde su lugar. La luz es paz y violencia, decimos desde el nuestro. Como el ave sin nombre, como Empédocles, el artista se lanza al Etna de una superficie noble, con su odio y su amor reunidos en la esperanza de un horizonte nuevo. Que un paisaje es belleza sin dueño posible, al tiempo que territorio para subastas entrenadas.

V.

*The waves have now redder glow
The hours are breathing faint and low*

Lo primero no es la idea, el yo educado (o mal educado) que asigna títulos fijos sobre un espacio neutro. Es el espacio, el tamaño y la forma quienes salen al encuentro del pordiosero de signos. El tú de las cosas simples toca a la puerta a la hora imprecisa. El tú seductor que el artista reconoce cuando es humilde, cuando es *humus*, cuando es tierra y se arrastra pidiendo permiso como un gusano; o se descalza para no profanar el misterio del fuego que danza por unos instantes frente a él. Con todo, el pánico se instalará en el taller. El grito del horror original, el coro de las risas insensibles en la memoria. El artista también es figura de barro. Pero el dios del terror es también el único dios que ha muerto: Pan. El artista lo intuye. Espera el paso lento del cortejo fúnebre. Mientras tanto la música viene en su auxilio. No es la luz, sino las luces. No es la musa, sino las musas. No es el arte,

sino las artes. Sambolín. Artista que escucha una sola clase de música: la buena. Vivaldi: si el lienzo está oscuramente blanco y reactivo. Héctor Lavoe: cuando el pincel se ha independizado del temor foráneo, cuando se dispara el soneo y la creación fluye. La orina se acumula en la vejiga del gusto. “El Gran Pan ha muerto”. Pero volverá. Es hora de ir al baño, repite el Gran Sambo.

VI.

*And the cloud that took the form
(When the rest of Heaven was blue)
of a demon in my view.*

Volverá porque lo que despeja finalmente el camino, aunque no se sepa, no es la paciencia, ni la humildad, ni la muerte de Pan -que son imprescindibles- sino el dolor registrado: más fuerte que toda batalla por venir.

Sambolín ya tiene rostro. El dolor que nos hace fuertes en la debilidad o nos arrastra consigo al ocaso sin mostrarnos la otra orilla. Dos rostros posibles. La cruz como trampolín del resucitado o comodín de la frustración desfavorable. El dolor pretende esculpir la cara para hacerle un rostro al nombre. Hacer de la herida el rostro identitario. Sambolín comparte los amigos de Poe, pero no sus enemigos: el azar y lo incomprendible (Baudelaire). No niega ni reniega, mas no se somete: elige dar rostro a la herida.

“Soy el menor de cuatro hermanos. Había uno más joven que yo. Tenía dieciocho años y yo diecinueve en aquel momento. Murió en un accidente de tránsito. Fue un golpe muy duro. El día del funeral, cuando iba saliendo de la iglesia, te juro que ya no quería vivir. Yo no sabía qué iba a ser de mí, estaba perdido. Sabía que después de salir del cementerio ya no tendría más a mi hermano. Yo iba repitiendo por el camino que no quería vivir más, que no quería seguir viviendo, que no, que no... Entonces un buen amigo mío me dijo: «o te callas o te meto una bofetá». Y me callé y seguí viviendo”.

VII.

*And thus thy memory is to me
Like some enchanted far-off isle
In some tumultuous sea*

Sambolín se acerca al otro hermanado por la vía de la pérdida y de la obsesión artística, pero no del dogma del sentimiento trágico. El otro aquí tiene un nombre suturado. Primero fue rostro perdido en la itinerancia histriónica y luego adquirió un nombre que se fue alterando: Edgar Allan Poe. En el principio fue, pues, el abandono. El puente isabelino (Allan) que une a Edgar de Poe es falso. Hay un “río de silencio” de por medio. El puente es cosmético y, con todo, debe sostener la vida. E.A. Poe afirmará que es más importante el sonido que el sentido, el nombre que el rostro. E.A. Poe es muy diestro para el nado, pero ahogará el ritmo con sustancias paliativas que sólo aumentarán el dolor hasta lo irremediable.

Dos seres tocados por las artes se cruzan fuera del tiempo sobre la cresta del océano tumultuoso. Se dan la mano en un viaje que podría haber proseguido en pocos minutos, pero que se ha detenido para hacernos partícipes del quiebre irrefrenable del destino.

Sambolín no cae en la compasión fácil –*nevermore*– a lo Auden: ¡Pobre Poe! Transmuta el dolor en el claroscuro de la belleza, encuentra la ternura en el desorden onírico. No es un solitario cuervo lo que lo seduce, tampoco el extremo de la palomita blanca de la paz domesticada, sino una bandada de mozambiques metiches, de changos comilones, que se multiplican por todas partes (en la luna, en el rostro, en el portal, en el espejo, en la maleza...) repitiendo: *Evermore*. El mismo número de sílabas. A la postre no todo es cuestión de sonido, también de sentido.

Trampa Trampolino Trampolín

Cómodo Comodino Comodín

Sin fin Senza fine Sinfín

Sambo Sambolino Sambolín

**Todos los epígrafes son, evidentemente, de Edgar Allan Poe. El texto formó parte del catálogo de la exhibición de Nelson Sambolín: *Grabados a Poe*, 25 de noviembre a 8 de diciembre de 2009, Galería Guatibirí.

*Ángel Darío Carrero. Ensayista, poeta, periodista, teólogo residente del CEDOC. Autor de *Llama del agua*, Ed. Trotta, Madrid 2001; *Perseguido por la luz*, Ed. Trotta, Madrid 2008; de la edición crítica del *Canto de la locura* de Francisco Matos Paoli, Ed. Terranova, San Juan 2005. Es columnista habitual del periódico *El Nuevo Día*, donde posee una sección titulada *Peregrino y forastero*, de entrevistas y reportajes.